

Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta

In regard to detours, mirrors and leadership. The montonera's dissents and the interpretations about the seventies

39

Daniela Slipak*

Resumen

El artículo explora dos disidencias grupales de la organización argentina Montoneros, la Juventud Peronista Lealtad de 1974 y el Peronismo Montonero Auténtico de 1979, buscando realizar dos aportes. Por un lado, reponer información sobre un área vacante en la historiografía, la de las disidencias montoneras. Ello permite construir un panorama más denso de los grupos argentinos que adscribieron al peronismo y a la idea de revolución. En segundo lugar, el artículo problematiza las miradas retrospectivas actuales, al constatar la reproducción de las figuras interpretativas de la militancia.

Palabras clave: Montoneros, disidentes, figuras interpretativas, lecturas retrospectivas.

Abstract

The article explores two dissidence groups of the Argentine organization Montoneros, the Juventud Peronista Lealtad of 1974 and the Peronismo Auténtico Montonero of 1979, seeking to make two contributions. On the one hand, replenish information on a vacant area in historiography, the montoneras dissidence. This allows to build a denser panorama of the Argentine groups that have ascribed to peronism and also to the idea of revolution. And in the other hand, the article problematizes current retrospective approaches, which confirm the reproduction of some interpretive figures of the militancy.

Keywords: Montoneros, dissidence groups, interpretative figures, retrospective approaches

Recibido: 18 octubre 2016

Aceptado: 12 enero 2017

* Argentina. Doctora en Estudios Políticos. Investigadora Conicet (IDAES-UNSAM), danielaslipak@hotmail.com. Una versión preliminar del artículo fue presentada en las VIII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Rosario, agosto de 2016, y aparecerá en sus Actas. Agradezco los señalamientos que allí me hiciera Vera Carnovale. Agradezco también a los integrantes del Núcleo de Historia Reciente del IDAES por sus comentarios, especialmente a Marina Franco. Y a Hernán Confino por ayudarme en la búsqueda de testimonios.



¿Cómo pensar la política en un mundo postsecular, en el que no sólo nos vemos privados ya de la mano de Dios sino que todos sus remedos seculares (la Historia, la Razón, la Nación, la Revolución, etc.) se han también quebrado? [...] La condición para ello [empezar a precisar cuál es el interrogante] es no hurtarse a sus consecuencias más perturbadoras buscando abrigo en viejas certidumbres que ya no ofrecen, sin embargo, ningún refugio seguro a las intemperies.

Elías Palti, “La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de *La fidelidad del olvido* de Blas de Santos y el ‘affaire del Barco’”.

Introducción

La experiencia de los grupos revolucionarios argentinos de la década del setenta ha sido revisitada en numerosas ocasiones. Desde los años ochenta a esta parte, se han interpretado sus orígenes, sus características y su ocaso. Ello incluye tanto las difusas corrientes de opinión como las lecturas fijadas en la producción artística y literaria, la bibliografía testimonial, la investigación periodística, y los trabajos académicos. En ese marco de resignificaciones varias, Ricardo Panzetta, un ex militante montonero, se preguntaba en 2005 por un tópico recurrente, la derrota del proyecto revolucionario, pero invitando a una reflexión distintiva:

¿Cuánto hay en las derrotas debido a nuestras propias concepciones? No a los errores, que también los hubo, sino a las propias ideas y valores. (...) Aún nos quedan en la memoria emociones que no queremos entregar al fracaso: autodeterminación, igualdad radical y negación a toda dominación, opción por las víctimas y los desposeídos, amor fraterno. Estas son reliquias sagradas, nuestro linaje de izquierda que queremos salvar del incendio.¹

Sin dudas, se trata de una consideración fundamental. Busca repensar las decisiones y acciones desarrolladas en nombre del proyecto emancipatorio, pero también las condiciones que subyacen en toda mirada hacia el pasado. Además, y centralmente, hace presente una cuestión relativa a la pérdida. Una pérdida que ya no es, solamente, la de tantas vidas sino, probablemente más inadvertida, la de las concepciones que sustentaron aquellas prácticas, la de los ideales que otorgaron sentido a la violencia revolucionaria. Así, Panzetta explicita un problema que ronda, más o menos directamente, la evaluación retrospectiva de quienes han protagonizado la experiencia revolucionaria: la posibilidad de

¹ Héctor Schmucler (comp.), *Política, violencia, memoria. Génesis y circulación de las ideas en la Argentina de los años sesenta y setenta*, La Plata, Ediciones al margen, 2009, pp. 84 y 88.



perder los antiguos ideales y el impulso, casi vital puesto que se trata de la propia subjetividad, a resguardarlos del incendio.

En verdad, esta reflexión podría aplicarse a muchos de los trabajos que actualmente circulan sobre la época. Y no sólo me refiero a los testimoniales. Un vistazo de conjunto a la bibliografía permite vislumbrar ese impulso a salvar los valores y a escindirlos de las estrategias equívocas, de la militarización, de la burocratización, del vanguardismo, y/o de las decisiones desacertadas de la cúpula dirigente. En algunos casos, estas cuestiones aparecen como desvíos respecto del proyecto político originario, como rasgos que habrían aparecido en un momento específico. En otros, como características que habrían existido durante todo el derrotero de los espacios armados, pero sólo en sus direcciones, y no en la militancia en general. Son muchos, desde luego, los que hibridan con tensión ambos argumentos. Se trata de claves interpretativas que explican la transformación de los principios políticos iniciales a partir de la imitación de otros actores de la coyuntura (las Fuerzas Armadas u otra organización armada de distinta tintura ideológica), y/o que responsabilizan exclusivamente a la cúpula por lo sucedido. Rescatan, con ello, los valores políticos originarios del incendio posterior, atribuyendo las características militares, burocráticas y jerárquicas a influencias tardías y exógenas o a las cualidades de algunos jefes. En suma, para comprender el derrotero y el ocaso de los grupos revolucionarios, estas miradas refieren, más o menos explícitamente, a la figura del desvío, a la del espejo y a la del quiebre: desviación de las raíces de fines de los sesenta y tempranos setentas; reflejo de las prácticas y la ideología de otros actores del escenario político; quiebre entre la militancia y su dirigencia.²

² Véanse Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, [1982] 1987, pp. 217-252; María José Moyano, *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*, New Haven, Yale University Press, 1995; Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, Buenos Aires, Ediciones de La Campana, 1996; Oscar Anzorena, *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1998, pp. 229, 257 y 308-344; Pablo Pozzi, "Por las sendas argentinas". *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001; Maristella Svampa, "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976" en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Nueva Historia Argentina, t. 9, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 381-438; Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005, pp. 97-190; Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2006; Lila Pastoriza, "La 'traición' de Roberto Quieto. Treinta años de silencio", *Lucha Armada en la Argentina*, N°6, Buenos Aires, 2006, pp. 4-31; José Amorín, *Montoneros. La buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2006, pp. 164-168 y 219-288; Julio Santucho, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Vergara Editor, 2011. Por supuesto, existen trabajos que no adscriben a la figura del desvío, ni a la del espejo, ni plantean un quiebre entre cúpula y militancia. Para la explicitación de esta cuestión en la bibliografía, véanse Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010, pp. 315-333; Laura Lenci, "Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros 1972-1975", ponencia de las II Jornadas "Partidos Armados en la Argentina de los Setenta", San Martín, 2008; Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 217-228, y *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 64; Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 69-120; Daniela Slipak, *Las*



Ahora bien, identificar que, de alguna manera, así se coadyuva al resguardo de las “reliquias sagradas”, al decir de Panzetta, no resulta más pertinente que pensar los orígenes y transformaciones de estas figuras interpretativas, es decir, de estos esquemas de inteligibilidad con los cuales se aprehende, ordena y comprende la experiencia armada de aquellos años. ¿De dónde surgen? ¿Cuáles son sus raíces? ¿Cuándo comenzaron a circular? ¿Sufrieron modificaciones con el transcurso del tiempo? En las páginas siguientes, comenzaré a responder estos interrogantes, buscando realizar dos aportes. En primer lugar, identificar las lógicas de algunos espacios disidentes de uno de los grupos armados más importantes de la década del setenta en Argentina, la organización Montoneros. Lo realizaré desde una sociología de las identidades políticas, abocada a examinar la forma mediante la cual los actores unifican un espacio de pertenencia, enfrentándose a otros sujetos o circunstancias, y definiendo una narrativa sobre sus orígenes, sobre el presente y sobre el porvenir. Se trata de un enfoque teórico-metodológico preocupado por los procesos de configuración de solidaridades y de construcción de relatos que otorgan sentido a las acciones públicas.³ Con esta perspectiva, recorreré documentos internos, cartas, publicaciones y revistas de la Juventud Peronista Lealtad y del Peronismo Montonero Auténtico, analizando sus trazos y argumentos. Esto permitirá reponer información sobre un área todavía vacante en la historiografía, que es la de las disidencias de Montoneros. De paso, contribuiré a construir un panorama más denso de los distintos espacios que se inscribieron en la tradición peronista y levantaron la bandera de la “revolución”, comúnmente alineados, sin mucha distinción, tras la etiqueta “izquierda peronista”.⁴ En segundo lugar, la indagación redundará en una problematización de la interpretación que hoy tenemos sobre los años setenta. La constatación de la vigencia de los esquemas de inteligibilidad consustanciales a la militancia abrirá el interrogante sobre los modos en que se analiza la experiencia revolucionaria, ya no en aquella época sino cuarenta años después.

revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

³ Para una definición acabada de identidad política, que recoge distintas discusiones de la teoría y de la sociología políticas, puede verse Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homosapiens, 2001, pp. 15-74. Allí afirma: “podríamos definir a la identidad política como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se construye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el Sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia”, p. 54. También retomo este enfoque en mi trabajo citado, *ob. cit.*

⁴ A lo largo de su derrotero, Montoneros sufrió cinco disidencias grupales: la “Columna José Sabino Navarro” de 1972, la “Juventud Peronista Lealtad” de comienzos de 1974, los “Montoneros Columna de Recuperación Cooke-Pujadas” de 1974, el “Peronismo Montonero Auténtico” de 1979, y los “Montoneros 17 de octubre” de 1980. Si se tiene en cuenta la visibilidad y las implicancias, la Juventud Peronista Lealtad y el Peronismo Montonero Auténtico resultan ser, respectivamente, las más significativas de dos momentos divergentes de Montoneros, el del tercer gobierno peronista y el del exilio. De allí su selección para el presente artículo.



La Juventud Peronista Lealtad

La Juventud Peronista Lealtad fue la disidencia más significativa de Montoneros en términos cuantitativos y cualitativos. Surgió a comienzos de 1974. Como es sabido, en dichos meses, la entonces “organización político-militar” había intensificado sus críticas y provocaciones a Juan Domingo Perón (el asesinato del secretario general de la Confederación General del Trabajo, José Ignacio Rucci, es un ejemplo ilustrativo), convirtiendo la sobria relación inicial en un enfrentamiento explícito. En paralelo, había sido expulsada de forma paulatina de los espacios de gobierno que, aunque sea indirectamente a través de sus “agrupaciones de superficie”, había conseguido con el triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Por su parte, el líder del Movimiento no se había quedado atrás: había endurecido sostenidamente sus declaraciones sobre las otrora “formaciones especiales” en el contexto de un crecimiento progresivo de la represión legal e ilegal en el país.⁵

En este panorama, sectores de las Juventudes Peronistas Regionales (JPr), de la Juventud Trabajadora Peronista, de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), de la Unión de Estudiantes Secundarios, del Movimiento Villero Peronista y de los cuadros armados se escindieron de Montoneros, aunque sin demasiados contactos entre sí. Según diversos testimonios, los disidentes procedían inicialmente de Descamisados, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), grupos universitarios, espacios de filiación católica como Acción Sindical Argentina o ámbitos fabriles y gremiales. Otros, en cambio, habían comenzado su trayectoria en la organización o en alguna agrupación de la llamada Tendencia Revolucionaria.⁶

De febrero a mayo de 1974, los diarios nacionales anunciaron estas rupturas dispares. Por ejemplo, el 15 de marzo apareció en *La Razón* la solicitada de “Montoneros Soldados de Perón”, aseverando que “la conducción de Montoneros es Perón” y desconociendo a la Conducción Nacional “por ser la responsable directa de las modificaciones inconsultas de nuestra Línea Político-Militar, apoyada sobre sectores recién incorporados al Movimiento y a la Organización”. Sus firmantes fueron la Columna Oeste (Gran Buenos Aires), la Columna Capital Federal, la Columna Nordeste (provincia de Buenos Aires, ex Columna Artigas), unidades de la Columna Sur y de la Columna Norte (ambas del Gran Buenos Aires). Asimismo, los periódicos señalaron escisiones en las Regionales I, II y VIII de la JP, y en la JUP.⁷

⁵ Laura Lenci, “Cámpora al gobierno, Perón al poder. La Tendencia Revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973” en Alfredo Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 167-201; Ceferino Reato, *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci? La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Marina Franco, *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y subversión, 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

⁶ Testimonios brindados a la autora, 19 de mayo, 2 de junio, 15 de julio y 29 de agosto de 2011, y 19 de abril de 2012.

⁷ Ana Soledad Montero, “Héroes, ortodoxos, disidentes y traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)”, Buenos Aires, RIEHR, 2009, pp. 10-14; Javier Salcedo, *Los montoneros del barrio*,



El funcionamiento de la disidencia respetó el carácter semiclandestino de Montoneros y la idea de conjugar estructuras de superficie (la Juventud Peronista Lealtad, la Unión de Estudiantes Secundarios Lealtad, la Juventud Universitaria Lealtad, y la Juventud Trabajadora Peronista Lealtad) con un núcleo armado (Montoneros Soldados de Perón). Se preservaron, en general, los niveles y las jerarquías de origen. Entre sus dirigentes, se cuentan Eduardo Moreno, Alejandro Peyrou, Enrique Padilla, Nicolás Giménez, Norberto Ivancich, Ernesto Villanueva, Jorge Obeid, los sacerdotes Jorge Galli y Jorge Goñi, etc. Algunos asistieron a las reuniones formales que por ese entonces Perón promovía con los sectores juveniles. Además, tuvieron intercambios informales, incentivados por el líder, interesado en debilitar una organización que insistía en desplegar su estrategia sin circunscribirse a la disciplina del Movimiento.⁸ Así, mientras Montoneros y sus “frentes de masas” se retiraron de la Plaza el 1º de mayo de 1974, 5000 militantes de la Lealtad, según sus propios cálculos, habrían permanecido allí, viviendo al presidente.⁹

Más que abocarme a la estructura y las prácticas desplegadas por este vasto sector de la militancia, quisiera detenerme en las argumentaciones con las cuales se escindió de su antiguo espacio de pertenencia y justificó su nacimiento. Por ejemplo, la solicitada firmada por “Montoneros Soldados de Perón” afirmó:

La conducción nacional de la Organización fue abandonando paulatinamente los objetivos que dieron sentido a Montoneros y asumiendo una concepción ideológica que nos llevó a la incomprensión y al enfrentamiento del proyecto fijado por el Conductor del Pueblo argentino. (...) [Se resuelve] desconocer a la actual conducción nacional de la Organización Montoneros por ser la responsable directa de las modificaciones inconsultas de nuestra Línea Político-Militar, apoyada sobre sectores recién incorporados al Movimiento y a la Organización.¹⁰

Por su parte, un documento de uno de los sectores que adhirieron a dicha solicitada, explicó:

Las desastrosas propuestas políticas que se manejaron en JP luego de la subida de Cámpora al gobierno se debieron, en gran parte, a que todo el proceso se analizó y evaluó desde cuerpos doctrinarios ajenos al justicialismo, particularmente desde el marxismo-leninismo.¹¹

Buenos Aires, Eduntref, 2011, pp. 258-282; Mariana Pozzoni, “‘Leales’ y ‘traidores’: La experiencia de disidencia de la Juventud Peronista Lealtad (1973- 1974)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Cuestiones del tiempo presente*, París, 2013.

⁸ Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, t. III, pp. 389-390 y Salcedo, *ob. cit.*, pp. 260-262, 266-267 y 274.

⁹ *Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional*, n° 1, 1º quincena de mayo de 1974, p. 14.

¹⁰ Solicitada “Montoneros Soldados de Perón”, *La Razón*, 15/03/74, citada en Salcedo, *ob. cit.*, anexo.

¹¹ Documento “Respuesta de Montoneros de Moreno al Mamotreto”, probablemente de febrero o marzo de 1974, citado en Salcedo, *ob. cit.*, pp. 308-309.



Finalmente, resultan demostrativas las declaraciones de la revista *Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional*. Si bien no fue un órgano de prensa oficial de la Juventud Peronista Lealtad, sus 11 números de tirada quincenal fueron editados por sectores simpatizantes y afines a la disidencia. Dirigida por Miguel Saiegh, la revista buscó criticar las prácticas y decisiones de Montoneros, y, en paralelo, apoyar el gobierno de Perón y el de su sucesora, María Estela Martínez de Perón.¹² Entre otros fragmentos, señalaba:

[Sobre las JPr] Este sector padeció una deformación gradual que comenzó cuando quisieron adueñarse de prácticamente todos los méritos de la lucha contra la dictadura, que compartieron con otros varios sectores [...]. Como “autores” de la lucha se consideraron propietarios del período que venía después y procuraron utilizar las estructuras del peronismo para convertirse en eje del nuevo poder. Las deformaciones fueron en aumento: por un lado, un *matonismo* nacido del uso constante de los *fierros* y del convencimiento –erróneo– de que el manejo de las armas, en las dosis homeopáticas del terrorismo urbano, puede ser el camino al poder; por el otro, la *omnipotencia* de creer que bastaban sus consignas para “apoderarse” del peronismo disputando a Perón la conducción del proceso y planteando un proyecto alternativo.¹³

*No hay vanguardia, por esclarecida que se sienta, que pueda calificar de revolucionarias sus acciones de violencia, cuando estas desconocen abiertamente la voluntad de las masas.*¹⁴

Como muestran las citas, la Lealtad enunció varios cuestionamientos a Montoneros: su enfrentamiento con Perón y su pretensión de reemplazarlo en el liderazgo del Movimiento Peronista, su uso de la violencia armada durante gobiernos constitucionales, su accionar “vanguardista” y su aislamiento en relación a otros actores del escenario político, su intento por apropiarse de las “luchas” que distintos sectores habían desplegado en tiempos de la proscripción peronista, su desconocimiento de la voluntad ciudadana, entre tantos otros. Siguiendo esta línea, la disidencia catalogó como “aprietes” al entonces presidente tanto el asesinato de Rucci del 25 septiembre de 1973 como el enfrentamiento del 1° de mayo de 1974 en la Plaza de Mayo. No obstante, lo que me interesa remarcar de todo esto es la forma que adquirieron esas impugnaciones: se argumentaba que todos esos “errores” habían surgido en un momento determinado, “deformando” los propósitos iniciales de la organización a través de un conjunto de “modificaciones inconsultas” de la

¹² Sobre la revista, remito a mi trabajo, *ob. cit.*, pp. 145-187.

¹³ “Los que esperaban la muerte de Perón”, *Movimiento*, n° 6, 2° quincena de julio de 1974, pp. 6 y 8 [destacado en el original].

¹⁴ “Profundizar la revolución”, *Movimiento*, n° 8, 2° quincena de agosto de 1974, p. 8 [destacado en el original].



“Línea Político-Militar”.¹⁵ Y, además, que dichas modificaciones respondían a los “recién incorporados” y a los esquemas del “marxismo-leninismo”, muy alejados de los principios y el espíritu del justicialismo. Es decir, a un conjunto de cambios ideológicos acaecidos con la llegada de un actor exógeno a los valores y objetivos originarios de Montoneros. En otras palabras, un esquema interpretativo afín, nótese, a aquellas figuras del desvío y del espejo que, como recorrí en la introducción, aparecen en la bibliografía que circula actualmente.

Según distintos testimonios de ex partícipes de la disidencia,¹⁶ aquellos “recién incorporados” habrían sido las guevaristas Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con quienes Montoneros venía actuando conjuntamente desde hacía varios meses, concretando la fusión formal el 12 de octubre de 1973. Sin embargo, si se atiende a los documentos iniciales de la organización, se advierte que las novedades imputadas al origen marxista de los “recién llegados” no eran tales. Ni la figura de “vanguardia”, ni los análisis en clave clasista, ni la apelación al mundo bélico fueron apariciones de mediados o fines de 1973. Desde los comienzos, Montoneros había remitido a categorías y nociones como “vanguardia”, “foco” y “ejército”, y había subrayado la necesidad de conducir el proceso revolucionario (también había recurrido a la figura del “brazo armado”, pero la había descartado rápidamente). Por ejemplo, la “Línea político-militar” de 1971 había acudido al esquema de la “vanguardia”, estableciendo que “la conducción estratégica de la guerra revolucionaria debe estar en manos de aquellos que desarrollan la forma principal de lucha y que por lo tanto tienen la mayor claridad estratégica y llevan el mayor peso de la guerra”.¹⁷ Luego, el Boletín Interno n° 1 de mayo de 1973 aseveró que “esta herramienta organizativa a desarrollar tiene por función básica la de conducir estratégicamente el proceso político de la guerra revolucionaria integral”.¹⁸ Ambos documentos, además, habían expuesto interpretaciones clasistas de la coyuntura, según las cuales el enfrentamiento entre espacios políticos no hacía sino responder al posicionamiento en la estructura socioeconómica. Nada discordante, en fin, con la influencia de las diversas vertientes del marxismo en la conformación de los distintos grupos armados de la época, no sólo de aquellos que habían levantado de forma explícita dicha bandera.¹⁹

Ahora bien, lo que me importa no es identificar una contradicción en el relato de la disidencia sino subrayar el carácter constitutivo, para su identidad, de esta clave interpretativa relativa al derrotero de Montoneros, que guarda considerables parecidos con las miradas retrospectivas actuales. Afirma, por ejemplo, Pilar Calveiro en el libro citado: “el caso de Montoneros es particularmente ilustrativo para observar el deslizamiento de lo político a lo militar que, aunque con características específicas en cada caso, fue el común

¹⁵ Sobre Ezeiza, véase Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto, 1985; y Samuel Amaral, “Ezeiza, 20 de junio de 1973”, *Todo es historia*, N°518, Buenos Aires, 2010, pp. 6-21.

¹⁶ Me remito a los testimonios de la nota a pie número 7.

¹⁷ Roberto Baschetti, *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana, 2004, vol. I, p. 270.

¹⁸ Roberto Baschetti, *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana, 1995, p. 597.

¹⁹ Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*, Chile, Lom Ediciones, 1982.



denominador de los grupos armados de la época (...) Habían nacido como forma de resistencia y hostigamiento contra la estructura monolítica militar, pero ahora aspiraban a parecerse a ella”.²⁰ Es cierto que la Lealtad atribuía el desvío a las FAR y que Calveiro focaliza, en cambio, en la imitación del actor castrense. Además es innegable que mientras que la disidencia buscaba legitimar su separación respecto de un espacio con plena vigencia en la coyuntura, aquí se trata de explicar el derrotero de una militancia ya concluida. No obstante estas diferencias, la estructura del argumento es similar: se sentencia el advenimiento de un cambio cualitativo y de un desvío de los principios revolucionarios a raíz de la reproducción de lógicas ajenas. Como busqué mostrar en este apartado, la Juventud Peronista Lealtad desplegó esta interpretación tempranamente. Articuló así sus narraciones, símbolos y representaciones, recurriendo a la idea de una perversión de las intenciones originarias por el arribo de prácticas exógenas. Fue con estas figuras interpretativas que pudo justificar tanto la salida de Montoneros como su fidelidad previa, tanto su escisión como su participación anterior.

Por último, es de resaltar que nada de esto desentona con las afirmaciones de *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*, libro de reciente aparición que reúne testimonios de ex militantes de la disidencia. Allí, se asevera que la tradición peronista inicial de Montoneros resultó influenciada por la visión marxista-leninista de las FAR, lo que habría conllevado una militarización progresiva del espacio y la imitación de los modos del “ejército enemigo”. Al terminar, como diagnóstico de la militancia de los años setenta, se sentencia el paso de una etapa romántica -ligada a un conjunto de convicciones nobles y justas- a una etapa militarista -en donde la política es reemplazada por la acción armada y el aparatismo. Una vez más, el desvío y el espejo.²¹

El Peronismo Montonero Auténtico

Algunos años después de la Juventud Peronista Lealtad, en 1979, surgió la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico. Como es conocido, la situación era bien divergente a la de 1973 y 1974. Con un caudal fuertemente disminuido por la feroz represión del gobierno militar y con la Conducción Nacional exiliada, Montoneros había dejado atrás la “organización político-militar” para convertirse en el “Partido Montonero” y el “Ejército Montonero”. El organigrama también incluía una política frentista a través del “Movimiento Peronista Montonero” y sus ramas política, sindical, juvenil, femenina, agraria, y de profesionales, intelectuales y artistas. Se reiteraba, así, una imbricación entre lo político y lo militar que había estado presente desde los inicios, aunque ciertamente desde mediados de los setenta se intensificaran la gramática y los símbolos militares, así como las intervenciones armadas. Una de estas últimas fue el proyecto de la

²⁰ Calveiro, *ob. cit.*, pp. 131 y 135.

²¹ Véase Aldo Duzdevich, Norberto Raffoul y Rodolfo Beltramini, *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015. Es de notar, si bien excede los objetivos de este escrito, que la idea del desvío presenta, cuanto menos, algunas tensiones con el argumento de la dualidad entre el discurso público y el discurso interno de la Conducción Nacional, también presente en el libro.



“Contraofensiva Estratégica”, que daba por concluida la etapa de “Resistencia” dentro de la “Defensiva Estratégica”, bajo la creencia de que la dictadura argentina se encontraba en crisis y con contradicciones internas, y de que las movilizaciones sindicales iban en aumento. Sobre este diagnóstico, la cúpula montonera afirmó que lanzaría “la Contraofensiva con la seguridad del éxito”.²²

Luego de entrenar militantes para el retorno a la Argentina como miembros del “Comando Táctico Adelantado” (que debía anteceder a las “Tropas Especiales de Agitación” y las “Tropas Especiales de Infantería”, ambas diseñadas como pilares de la Contraofensiva), el entonces secretario general de la Juventud del Movimiento Peronista Montonero, Rodolfo Galimberti, encabezó una nueva disidencia. Lo acompañaron Juan Gelman, Pablo y Miguel Fernández Long, Patricia y Julieta Bullrich, Marcelo Langieri, Arnaldo Lizaso, Héctor Mauriño, Raúl Magario, Victoria Vaccaro, Claudia Genoud y Silvia Di Fiorio, entre otros. Buena parte del grupo provenía de la Columna Norte de la Regional de Buenos Aires, uno de los frentes críticos más sostenidos a la Conducción Nacional durante 1975 y en los primeros tiempos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. En ese entonces, los cuestionamientos se habían ligado a las dificultades para el trabajo fabril y territorial, dada la decisión de clandestinizar la organización de septiembre de 1974. A ello se habían sumado las quejas por la falta de apoyo de la cúpula nacional al repliegue de la militancia. A pesar de lo que suele afirmarse en la escasa literatura sobre el tema, el enfrentamiento había trascendido por mucho el circuito íntimo de Galimberti y se había extendido a otras redes y “jefes” del territorio. De allí que la Conducción Nacional recurriera a varios mecanismos disciplinarios, entre ellos, los traslados, las degradaciones, y la restricción y/o el bloqueo de recursos (dinero, documentos y armas) en un contexto de elevada y creciente persecución represiva. Es de mencionar que algunos de los “interventores” enviados para ordenar la región rebelde se habían plegado a los disidentes. Estos últimos habían demandado durante un tiempo la realización de un congreso nacional para discutir la composición de la cúpula dirigente. Hacia mediados de 1976, el reclamo se descartó de lleno: en su lugar, se habría realizado una votación entre los montoneros con grado de oficial para arriba, que no sólo habría ratificado a la Conducción Nacional sino también cuestionado a los militantes de Norte, quienes terminaron siendo degradados en el escalafón jerárquico.

No obstante la intensidad del conflicto, lo cierto es que algunos de los que lograron sobrevivir y exiliarse restablecieron relaciones con la dirección montonera. Se sumaron a las redes articuladas en el exterior en torno a la figura de Galimberti. En términos formales, se incorporaron a la Juventud del Movimiento Peronista Montonero y/o al Ejército

²² Boletín Interno N°12, “Balance de la campaña Carlos Hobert de lanzamiento de la Contraofensiva popular”, 1980, y nota “Organizarse para vencer”, *Evita Montonera*, N°23, enero de 1979, p. 9. Véase también Marcelo Larraquy, *Fuimos Soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Aguilar, 2006; Hernán Confino, “La contraofensiva estratégica montonera en las memorias de sus participantes: crónica de un objeto polémico”, *Aletheia*, v. 6, n°11, La Plata, 2015, y “Tensiones de un retorno: La Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979 y 1980 en Argentina”, *Izquierdas*, n° 28, Santiago de Chile, 2016, pp. 274-291.



Montonero, no sin antes presentar, en algunos casos, una incómoda “autocrítica” discutida por un “Tribunal Revolucionario” en la sede de la Conducción Nacional de La Habana.²³ Fue el proyecto de la Contraofensiva el que provocó el quiebre irreversible. Según algunos testimonios, el grupo planteó que el diagnóstico sobre la situación argentina era exitista e inverosímil. Expuso sus discrepancias a través de varios documentos y fundó el Peronismo Montonero Auténtico. El 29 de mayo de 1979 presentó su “mesa promotora” en París. Con parte del dinero del Partido, “recuperado” bajo el argumento de que provenía del secuestro de Juan y Jorge Born de septiembre de 1974 protagonizado por la Secretaría Militar de Norte, realizó algunas actividades. Entre otras, algunos operativos de retorno para contactar los poquísimos militantes de “base” aislados en el territorio, y evitar que se sumaran a la Contraofensiva. Además, se desplegaron algunas acciones de propaganda y se editaron, de manera artesanal, los primeros números de la revista *Jotapé*.²⁴

Aquí también quisiera subrayar las declaraciones con las cuales se abandonó el espacio montonero y se construyó un relato que justificara el origen de la disidencia. No se desdibujó del todo la idea del desvío, pero se trazó, con tensión, otro esquema. Por ejemplo, el 25 de febrero de 1979, el periódico francés *Le Monde* publicó una carta firmada por Galimberti y Gelman, que aseveraba que el exilio de la Conducción Nacional había “agravado viejas desviaciones nunca corregidas del todo” y había “favorecido la aparición de nuevas deformaciones”. Entre ellas se enumeraban el “resurgimiento del militarismo de cuño foquista”, “la reafirmación de una concepción elitista del Partido de Cuadros”, “la definitiva burocratización de todos los niveles de conducción del Partido”, “la ausencia absoluta de democracia interna”, y “un triunfalismo irresponsable”.²⁵ Unos días después, el 12 de marzo, Gelman escribió una carta a Rodolfo Puiggrós, por entonces integrante del Movimiento Peronista Montonero, en la que le explicó la ruptura, sosteniendo que la Contraofensiva conducía al suicidio del montonerismo y que la Conducción Nacional insistía “en el militarismo foquista”. En algunas líneas advirtió la necesidad de reconocer errores propios, pero dirigió la mayor parte de las críticas a la cúpula: “esta conducción no ha perdido su vieja soberbia, el viejo triunfalismo del año 73, cuando ‘éramos gobierno’”.²⁶

²³ El 18 de abril de 1978 el propio Galimberti escribió una autocrítica, publicada como anexo en el documento “Reunión de la Conducción Nacional del Partido Montonero”, de mayo de ese año, en la cual cuestionó el “militarismo”, el “clasismo” y el “vanguardismo” de la Columna Norte.

²⁴ Como ya afirmé, sobre la Columna Norte y el Peronismo Montonero Auténtico, la información es escasísima. Pueden verse Roberto Caballero y Marcelo Larraquy, *Galimberti: de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2000, pp. 293-337; Larraquy, *ob. cit.*, pp. 135-138; Marisa Sadi, *El caso Lanuscou. Columna Norte, la otra historia*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2009; Luciana Mingrone, “Pelearle a María. Disidencias en Montoneros (1972-1976)”, ponencia del II Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Tres de Febrero, 2010. También puede escucharse la entrevista a Patricia Bullrich en el Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea del Programa de Historia Política, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Finalmente, para la breve descripción realizada, incluí el testimonio que me brindaron dos ex integrantes de la Columna Norte y de la disidencia, 27 de septiembre y 13 de octubre de 2016.

²⁵ Documento “Galimberti-Gelman. Una carta polémica”, 22 de febrero de 1979.

²⁶ Carta “Querido Rodolfo...”, 12 marzo de 1979.



Por su parte, el Documento “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, conocido como “La Albóndiga”, de junio de 1979, fue el más abundante en argumentaciones. Valga este extenso e ilustrativo fragmento:

El fenómeno de la convergencia en los Montoneros sintetizaba más que quince años de anhelos, y resultó imparable, disimulando los tempranos desaciertos de la naciente conducción (...) Nosotros creemos que hay que comenzar por la recuperación del espacio del peronismo montonero objetivamente desgajado de la organización por el tacticismo oportunista que renunció inclusive a los principios que dieron origen al proyecto Montoneros (...) Estos errores de concepción podrían sintetizarse a los efectos de un primer análisis en tres cuestiones: la concepción antidemocrática, el sectarismo, y el militarismo (...) [La primera] hay que rastrearla en el origen estrictamente foquista de los primeros núcleos que conformaron la OPM –que, resulta interesante destacar, se conservaron siempre en la cúspide de la pirámide organizativa- (...) El otro grave problema que se convirtió en un obstáculo insalvable para el desarrollo del trabajo político en las masas, fue el sectarismo, alentado como un mérito desde la conducción (...) Una cosa es clara: la conducción de la OPM mantiene una concepción de la organización de la violencia que se ha demostrado trágicamente ineficaz (...) Se puede hacer un ‘foco’ con diez, o intentar hacerlo con cien mil; lo primero se hizo antes del 72; lo segundo, se intentó después del 72 (...) El fracaso de esta ‘conducción’ se debió no sólo a que no tenía un proyecto, sino también a que demostró una impotencia absoluta para construir política y organizativamente en el espacio de representatividad que tenía la Tendencia. (...) La teoría del ‘jetón’, el ventrilocuismo, el apriete por el aparato, la imposición de jerarquías secretas, las dobles pirámides de conducción, la utilización hasta el agotamiento de la mitología del combatiente, para justificar auténticos incapaces en la conducción (...) los errores de conducción, fatales e inevitables, porque el aislamiento, la ignorancia y la baja calidad política de los cuadros que se iban ubicando en la cúspide de la pirámide, era el precio que el grupo de Firmenich pagaba por conservar su hegemonía. Así se entiende lo del ‘vicio de origen’ al que nos referimos en el comienzo de este documento. (...) Esta ‘conducción’ sostuvo, desde el comienzo, una concepción incorrecta del tratamiento de las contradicciones en el campo del pueblo (...) la política del gatillo ágil con la que Firmenich pretende construir su hegemonía, convirtiéndose por su impotencia en la contrafigura trágica de Videla, con el cual coincide en uno de los objetivos más deseados: asesinar al peronismo montonero en algunas de sus figuras más representativas (...) Retomando lo mejor de la tradición de la rebeldía montonera, convocamos a construir el Peronismo Montonero Auténtico.²⁷

²⁷ Documento “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, 9 de junio de 1979.



Más allá de algunos grises, no podría afirmarse que, para evaluar el derrotero de Montoneros, estos señalamientos replicaron la matriz explicativa de la Juventud Peronista Lealtad. A diferencia de ésta, articularon una crítica mordaz de las concepciones iniciales. Adujeron que el militarismo, el vanguardismo, el foquismo, el triunfalismo y el sectarismo se remontaban a los comienzos. Sólo que lo hicieron aseverando que habían estado circunscriptos a la Conducción Nacional, con independencia del resto del espacio. Así, ya no se salvaban los principios y valores de una perversión tardía, sino de las acciones y las ideas de la cúpula dirigente. Salvo contados llamados a la responsabilidad propia, se esbozó, de esta forma, otra de las claves interpretativas presentes en las miradas retrospectivas actuales: la escisión entre las decisiones de la Conducción y los valores de la militancia, es decir, la idea de una base ajena a las opciones de su órgano dirigente. En buena medida, eso aparece, por ejemplo, como lo señala Hugo Vezzetti, a lo largo de los tomos de *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, en donde se recrean las experiencias de los setenta tendiendo a eximir a los militantes rasos de toda responsabilidad y vinculación con la derrota y la catástrofe.²⁸ Como lo exhiben las citas recorridas, esta interpretación está lejos de ser novedosa. Varios años antes, para el Peronismo Montonero Auténtico, los problemas de la organización y del Partido ya habrían respondido exclusivamente al “grupo de Firmenich”. Las implicancias son evidentes: se borroneaba el rol, la convalidación y la responsabilidad de los distintos militantes que, más allá de los desacuerdos y molestias, adhirieron y permanecieron en el espacio (incluidos, desde ya, los integrantes de la disidencia tardía). En otras palabras, se recortaba a la Conducción de una trama que era, no obstante las jerarquías, compartida.

Es de subrayar que, además, los disidentes hicieron circular de manera clandestina, fuera y dentro del país, los documentos críticos que Rodolfo Walsh había escrito en 1976 y 1977, y que sus superiores habían ignorado, amén de reivindicar su conocida “Carta de un escritor a la Junta militar” y traducirla para su difusión en Francia.²⁹ Los editaron en octubre de 1979 bajo el título “Los papeles de Walsh” y adujeron que con ellos buscaban romper “el silencio con que la OPM intentó cubrir [esa] manifestación de pensamiento crítico surgido en su seno”.³⁰ Las apreciaciones de quien había sido oficial del sector de Informaciones y director de la Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA) habían impregnado profundamente, en efecto, muchas de las prácticas montoneras. Por ejemplo:

A nuestro juicio lo principal son las razones políticas. Si son correctas, en apenas tres años un puñado de muchachos crece hasta conducir una organización gigantesca y poderosa. Si son incorrectas, esa misma organización se desinfla y puede desaparecer. Este ejemplo está tomado de nuestra propia historia (...) Si corregimos nuestros errores volveremos

²⁸ Anguita y Caparrós, *ob. cit.*; Vezzetti, *ob. cit.*, 2002, pp. 217-228.

²⁹ Mouvement Peroniste Montonero, Lettre ouverte d’un écrivain à la Junte militaire d’Argentine”, sin fecha. Caballero y Larraquy, *ob. cit.*, pp. 323-325.

³⁰ Documento “Los Papeles de Walsh”, 8 de octubre de 1979, p. 1.



a convertirnos en una alternativa de poder (...) Si la vanguardia niega al movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación (...) Hasta el 24 de marzo del 76, planteábamos correctamente la lucha interna por la conducción del peronismo; después del 24-3-76, cuando las condiciones eran inmejorables para esa lucha, desistimos de ella y en vez de hacer política, de hablar con todo el mundo, en todos los niveles en nombre del peronismo, decidimos que las armas principales del enfrentamiento eran militares (...) [Se usa] el militarismo aun para criticar el militarismo. Ese esquema no ayuda a pensar. Y falta una autocrítica en serio, porque nosotros dijimos, cuando murió Perón, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares (...) La línea del Partido y los documentos que la expresan en los últimos 18 meses revelan, a mi juicio, una fuerte influencia del pensamiento maoísta en el aspecto político y de la doctrina de Clausewitz en el aspecto militar.³¹

Sin dudas, los escritos de Walsh habían formulado duras críticas a Montoneros: el triunfalismo, la subestimación del gobierno militar, el aparatismo, el aislamiento, la anulación “con una opinión [de] hechos de la realidad”, la ausencia de propuestas, la “personalización de la política” y el proyecto del Movimiento Montonero que, dando por agotado al peronismo, se estaba encarando por ese entonces. Pero lo cierto es que estos señalamientos no siguieron los esquemas de otras publicaciones del Peronismo Montonero Auténtico. Aquí ya no aparece el desdoblamiento entre el vértice dirigente y la militancia, sino la imagen de una desviación de la política montonera a partir el golpe militar, cuando no a partir de determinados errores de 1974 y 1975. Los cuestionamientos fueron enfáticos pero, como muestran las citas, independizaron y resguardaron los principios de la primera mitad de la década del setenta de la debacle posterior.

Por tanto, la revisión de los documentos, publicaciones y declaraciones de esta disidencia tardía devuelve una imagen dual: por momentos, la figura de un quiebre entre la dirigencia y la militancia de la organización; por otros, la idea de un desvío y perversión de los principios originarios del proyecto emancipatorio. De hecho, es de mencionar que Gelman, si bien abandona el espacio comandado por Galimberti hacia 1983, en una entrevista posterior que otorga al periodista Roberto Mero utiliza los mismos argumentos, afirmando que “hubo una derivación de las concepciones, se dio una degradación de estas, en un sentido político, que luego desembocó en el militarismo y en el foquismo” pero también que “los métodos aplicados en la organización revolucionaria revelan los vicios que tenía la formación ideológica de la conducción. Y si se quiere rastrear en el pasado de

³¹ *Ibid.*, pp. 5, 6 y 23. Sobre la ANCLA, véase Israel Lotersztain y Sergio Bufano (comps.), *Rodolfo Walsh y la agencia de noticias clandestinas: 1976-1977*, Buenos Aires, Ejercitar la memoria editores, 2012.



Firmenich, Perdía u otros, se encuentra que su formación estuvo ligada al misticismo y a la religión”³².

Ambos esquemas circularon, de manera tensa y desarticulada, en las justificaciones que el Peronismo Montonero Auténtico propuso sobre la ruptura y en su intento por constituir un proyecto y una identidad alternativos. Y, como me interesa resaltar, ambos sobrevuelan, hoy, muchos años después, las interpretaciones que buena parte de la bibliografía propone sobre la experiencia revolucionaria.

Palabras finales

No todas las disidencias de Montoneros esbozaron las explicaciones descriptas. Los tempranos Montoneros Columna José Sabino Navarro, de mediados y fines de 1972, erigieron cuestionamientos a las prácticas y concepciones del espacio del cual se separaron sin establecer un momento de desvío y sin responsabilizar de manera exclusiva a la Conducción Nacional. Aunque no rechazaron *per se* el uso de las armas, adujeron que Montoneros estaba empapado de “militarismo”, de “oportunismo político”, de una “mistificación heroica” del guerrillero y de una “absolutización de la lucha armada”, y resaltaron que se trataba de características intrínsecas y generales que era preciso modificar.³³

Este contraejemplo no obsta para sostener que la Lealtad y el Peronismo Montonero Auténtico, dos disidencias significativas de Montoneros, se estructuraron a partir de esquemas interpretativos que reaparecen en las miradas actuales. Es más, si bien debería precisarlo en futuras indagaciones, fue la propia Conducción Nacional la que, en algunas ocasiones, sostuvo parte de estas claves al “autocriticarse” por algunas acciones y/o etapas puntuales, planteándolas como desvíos circunstanciales que era necesario subsanar. Entre otros ejemplos, en el “Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre” de 1976, uno de los documentos discutidos por Rodolfo Walsh en sus escritos, se subrayó:

³² Véase Roberto Mero, *Contraerrotta. Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, pp. 133 y 119.

³³ Véase “Documento Verde”, *Lucha Armada en la Argentina*, n°6, Buenos Aires, 2006, Anexo, pp. 33-37 y Slipak, *ob. cit.*, pp. 145-187. Cabe remarcar que, por su parte, los Montoneros 17 de Octubre se escindieron del Partido en 1980 con argumentos cercanos al Peronismo Montonero Auténtico (exceptuando “Los Papeles de Walsh”): “En el peronismo montonero han coexistido permanentemente dos tendencias: una que hizo hincapié en el desarrollo de la política de masas y otra que sobrevaloró la importancia de la lucha armada en la acumulación de poder popular. La coexistencia entre ambas tendencias no terminó nunca de sintetizarse y fue aquella última, la militarista, la que mantuvo su preeminencia en el manejo del aparato y en la conducción de la política, con graves consecuencias para nuestro desarrollo”, documento “A nuestros compañeros del pueblo argentino”, abril de 1980, p. 2. No obstante, el mismo escrito esbozó críticas que trascendieron las prácticas de la cúpula y se dirigieron al espacio montonero en general (los disidentes incluidos) desde los inicios.



Las insuficiencias en la política de poder para las masas, el déficit de propaganda, el aparatismo, el militarismo y el internismo nos han impedido capitalizar, hasta el momento, la hostilidad popular hacia la dictadura para convertirla en acumulación de fuerzas (...) nuestras fuerzas disponen como reserva estratégica potencial a la totalidad del potencial humano del pueblo, pero en la actualidad no estamos desarrollando una política adecuada para desarrollar ese potencial (...) La vinculación entre las tácticas militares, milicianas y de lucha de masas supone la subordinación de las dos primeras a la tercera; esto implica la modificación del militarismo en la concepción de la defensa activa.³⁴

De todos modos, habría que introducir una distinción. En aquel momento, estas figuras interpretativas no desentonaban con las proyecciones que se hacían del porvenir y, más generalmente, con la propia idea de historia que animaba las aguas militantes. Como ya ha sido señalado por varios trabajos, la organización Montoneros –al igual que otros grupos armados y que distintos espacios del mundo de las izquierdas- se articuló sobre la base de una noción de revolución tan absoluta como inevitable, afín a la teleología del marxismo y del catolicismo.³⁵ No es de extrañar, en consecuencia, que cada práctica cuya significación se alejara del triunfo fuera leída como un error, un desvío, o un desacierto de la cúpula dirigente, siempre momentáneo y circunstancial, dentro de un destino que no podía tener otro fin que el éxito de la empresa revolucionaria. En todo caso, son las décadas transcurridas y la desestructuración de los horizontes de sentido de la “razón militante”, al decir de Elías Palti, los que abren la pregunta relativa al porqué de la vigencia de dichos esquemas.³⁶ Quizá sea este marco, precisamente, el del colapso de la Historia y del Sujeto, el que otorga significación a la cita inicial de Panzetta. Su advertencia acerca del intento casi reactivo de salvaguardar los ideales de otrora evidencia, en definitiva, la resistencia a una pérdida que, sin embargo, no deja de ser percibida.

No se trata de introducir en estas páginas un debate sobre la implosión de las premisas de la subjetividad militante de los años setenta, sino, más modestamente, identificar y problematizar la circulación de algunas de sus claves de lectura, cuarenta años después. Si allí esté mediando, probablemente, la voluntad de preservar algo de la experiencia revolucionaria, lo cierto es que ello oscurece cuestiones decisivas para su comprensión -histórica, conceptual, en fin, política-: las tensiones y claroscuros de los sentidos originarios de la militancia; el vínculo estrecho entre sus concepciones y prácticas;

³⁴ “Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre” de 1976, pp. 9 y 22.

³⁵ Véase, por ejemplo, Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001, pp. 122-131.

³⁶ Elías J. Palti, “La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de La fidelidad del olvido de Blas de Santos y el ‘affaire del Barco’” y “La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante”, ambos en Luis García (comp.), *No matar. Sobre la responsabilidad. Segunda compilación de intervenciones*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 109-126 y 269-301.



el peso de los aspectos identitarios en las elecciones estratégicas; la imbricación inescindible entre política y violencia, y entre lo político y lo militar; la reciprocidad, aunque desigual, entre los distintos miembros del conjunto; la compleja y diversa trama de responsabilidades. Estos son sólo algunos de los tantos grises que rehúyen a los acercamientos lineales, trascienden los desvíos, espejos y cúpulas, y reclaman profundización.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homosapiens, 2001.
- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.
- Amaral, Samuel, “Ezeiza, 20 de junio de 1973”, *Todo es historia*, N°518, Buenos Aires, 2010, pp. 6-21.
- Amorín, José, *Montoneros. La buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2006.
- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2006.
- Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Pensamiento Nacional, 1998.
- Caballero, Roberto y Marcelo Larraquy, *Galimberti: de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2000.
- Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.
- Carnovale, Vera, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Confino, Hernán, “La contraofensiva estratégica montonera en las memorias de sus participantes: crónica de un objeto polémico”, *Aletheia*, v. 6, n°11, La Plata, 2015.
- , “Tensiones de un retorno: La Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979 y 1980 en Argentina”, *Izquierdas*, n° 28, Santiago de Chile, 2016, pp. 274-291.
- Duzdevich, Aldo, Norberto Raffoul y Rodolfo Beltramini, *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Franco, Marina, *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y subversión, 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, [1982] 1987.
- Larraquy, Marcelo, *Fuimos Soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.
- Lenci, Laura, “Cámpora al gobierno, Perón al poder. La Tendencia Revolucionaria del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973” en Alfredo Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 167-201.
- , “Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros 1972-1975”, ponencia de las II Jornadas “Partidos Armados en la Argentina de los Setenta”, San Martín, 2008.
- Lotersztain, Israel y Sergio Bufano (comps.), *Rodolfo Walsh y la agencia de noticias clandestinas: 1976-1977*, Buenos Aires, Ejercitar la memoria editores, 2012.



- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, Chile, Lom Ediciones, 1982.
- Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, Buenos Aires, Ediciones de La Campana, 1996.
- Mero, Roberto, *Contraderrota. Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.
- Mingrone, Luciana, “Pelearle a María. Disidencias en Montoneros (1972-1976)”, ponencia del II Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Tres de Febrero, 2010.
- Montero, Ana Soledad, “Héroes, ortodoxos, disidentes y traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)”, Buenos Aires, RIEHR, 2009.
- Moyano, María José, *Argentina’s Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*, New Haven, Yale University Press, 1995.
- Palti, Elías J., “La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de La fidelidad del olvido de Blas de Santos y el ‘affaire del Barco’”, Luis García (comp.), *No matar. Sobre la responsabilidad. Segunda compilación de intervenciones*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 109-126.
- , “La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante”, Luis García (comp.), *No matar. Sobre la responsabilidad. Segunda compilación de intervenciones*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 269-301.
- Pastoriza, Lila, “La ‘traición’ de Roberto Quieto. Treinta años de silencio”, *Lucha Armada en la Argentina*, Nº6, Buenos Aires, 2006, pp. 4-31.
- Pozzi, Pablo, “Por las sendas argentinas”. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Pozzoni, Mariana, “‘Leales’ y ‘traidores’: La experiencia de disidencia de la Juventud Peronista Lealtad (1973- 1974)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Cuestiones del tiempo presente*, París, 2013-
Reato, Ceferino, *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci? La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2010.
- Sadi, Marisa, *El caso Lanuscou. Columna Norte, la otra historia*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2009.
- Salcedo, Javier, *Los montoneros del barrio*, Buenos Aires, Eduntref, 2011.
- Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Vergara Editor, 2011.
- Schmucler, Héctor (comp.), *Política, violencia, memoria. Génesis y circulación de las ideas en la Argentina de los años sesenta y setenta*, La Plata, Ediciones al margen, 2009.
- Slipak, Daniela, *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Svampa, Maristella, “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976” en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Nueva Historia Argentina, t. 9, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 381-438.
- Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto, 1985.
- Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- , *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.



Documentos y prensa citados

- “A nuestro compañeros del pueblo argentino”, Montoneros 17 de octubre, abril de 1980. Disponible en <http://www.ruinasdigitales.com/>.
- “Boletín Interno nº1”, Montoneros, mayo de 1973. Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De La Campana, 1995.
- “Boletín Interno N°12”, “Balance de la campaña Carlos Hobert de lanzamiento de la Contraofensiva popular”, Montoneros, 1980. Disponible en la Bibliothèque de documentation internationale contemporaine (BDIC), Nanterre Cedex, Francia.
- Carta “Querido Rodolfo...”, Juan Gelman, 12 marzo de 1979. Disponible en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (Cedinci), Universidad Nacional de San Martín.
- “Documento Verde”, Columna José Sabino Navarro, 1972. *Lucha Armada en la Argentina*, nº6, Buenos Aires, 2006, Anexo, pp. 33-37.
- Evita Montonera*, N°23, enero de 1979.
- “Galimberti-Gelman. Una carta polémica”, 22 de febrero de 1979. Disponible en el Cedinci.
- “Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre”, Montoneros, 1976. Disponible en BDIC.
- “Línea político-militar”, Montoneros, 1971, Roberto Baschetti (comp.), *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana, 2004, vol. I, p. 270.
- “Los Papeles de Walsh”, Peronismo Montonero Auténtico, 8 de octubre de 1979. Disponible en Cedinci.
- *Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional*, nº 1, 1° quincena de mayo de 1974; nº 6, 2° quincena de julio de 1974; nº 8, 2° quincena de agosto de 1974. Disponibles en <http://www.ruinasdigitales.com/>.
- “Mouvement Peroniste Montonero, Lettre ouverte d’un écrivain à la Junte militaire d’Argentine”, sin fecha. Disponible en la BDIC.
- “Reunión de la Conducción Nacional del Partido Montonero”, Montoneros, mayo de 1978. Disponible en BDIC.
- “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, Peronismo Montonero Auténtico, 9 de junio de 1979. Disponible en el Cedinci.

Entrevistas

- Bullrich, Patricia. En el Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea del Programa de Historia Política, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Entrevistas realizadas por la autora, con fechas del 19 de mayo de 2011, 2 de junio de 2011, 15 de julio de 2011, 29 de agosto de 2011, 19 de abril de 2012, 27 de septiembre de 2016, 13 de octubre de 2016.

